

La imagen corporal de la Santísima Virgen en la literatura antigua cristiana

INTRODUCCION

La definición dogmática de la Asunción ha puesto en el plano de la actualidad *la imagen corporal* de la Madre de Dios. El contenido dogmático de la Asunción consiste precisamente en esto: en que el cuerpo de María, con todas sus partes y sentidos, vive glorioso en el cielo. Aquel corazón que latió en la Anunciación, aquellos pies que caminaron a Belén, aquellas manos que recibieron al Verbo de Dios hecho carne y lo fajaron, aquel rostro en quien El se miró y de quien tomó sus líneas y rasgos principales, aquellos labios que le enseñaron las primeras palabras, aquellos ojos solícitos que lo vieron todo en las bodas de Caná y se nublaron con el llanto en el Calvario; aquel cuerpo de soldado firme junto a la cruz... sigue viviendo, está en el cielo lleno de gloria y felicidad. Triunfó de la muerte y del polvo. "*Regina Assumpta in caelum*" la contemplan los Angeles y Bienaventurados, la contemplaremos nosotros el día de nuestro triunfo.

¿Cómo es el cuerpo, el rostro de la Virgen? Esta es la pregunta que nos plantea el dogma de la Asunción. Mientras el cuerpo y el rostro de las demás mujeres, aun las más ilustres por su nobleza, su hermosura y aun su santidad, es algo que pasó, que fué y ya no es, el de María sigue siendo, es tan real y tan presente hoy como ayer. ¿Cuál es la imagen viva de ese cuerpo? ¿Podemos adelantarnos algo a nuestra futura visión en la gloria?

Por lo que fué Cristo en los cuarenta días que pasó en la tierra en estado glorioso después de su Resurrección, podemos entrever lo que es hoy el cuerpo de la Virgen Asunta. El cuerpo de Cristo resucitado no maravillaba a los discípulos; en el caminar, en el hablar, en el comer era lo que había sido antes de su muerte: el amigo, el conocido de siempre. Su voz era la del Maestro de antes; su andar, sus ojos, su rostro, su figura, la de siempre, la del Señor: "*Dominus est*" (Io 21, 7).

Pues algo parecido creo que se debe decir del cuerpo y de la figura de la Virgen tal y como hoy se deja ver en el cielo. Su Hijo Jesús, su esposo San José, sus parientes, los discípulos que la vieron en la tierra no se maravillan ante ella en el cielo. Es Ella. Esta es su cara, estos son sus ojos. Todo transformado en gloria e inmortalidad, pero siempre el mismo cuerpo, las mismas partes y sentidos: "María, la Madre de Jesús".

Nosotros que no la hemos visto en la tierra, ¿podremos formarnos una idea más o menos aproximada de lo que fué y de lo que es hoy? ¿Podremos, al cabo de veinte siglos y en la tierra vislumbrar algo de lo que fué su cuerpo en los días de su mortalidad y de lo que es hoy en el día de su gloria?

Si la pretensión no es fácil, es muy justa y razonable. Se trata del retrato de nuestra Madre, que no ha muerto, sino que vive, pero muy lejos de nosotros. Ya que ahora no la podemos ver en sí misma, ¿la podremos ver en el retrato? Si tuviéramos una pintura o escultura hecha por un artista contemporáneo de la Virgen, esa sería una gran joya. Desgraciadamente, las pinturas de la Virgen que han llegado a nosotros no son retratos, sino idealizaciones de los artistas, idealizaciones romanas o bizantinas, las más antiguas; imágenes retratos no tenemos, como tampoco tenemos de Cristo. Sólo nos queda el consuelo de asomarnos al balcón de la literatura antigua para contemplar "la imagen literaria", que puede ser menos impresionista, pero más honda.

Los documentos más interesantes son los primeros. La literatura canónica es la más antigua y cercana a los días mismos de la Virgen. En este trabajo vamos a prescindir de ella para fijarnos solamente en la literatura apócrifa y cristiana en general, que abarcaremos con una mirada amplia en los quince primeros siglos.

Atendiendo a lo que esta literatura antigua nos dice sobre el cuerpo de la Virgen, podemos dividirla en tres períodos: el primero arranca del siglo II y llega hasta el IV; el segundo, desde el IV hasta el VIII; el tercero, desde el VIII hasta el XV.

PRIMERA PARTE

La imagen literaria del siglo II al siglo IV

En este primer período se encuentran los textos mariológicos más antiguos, los más sobrios y los más fundamentales después de los Evangelios.

SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA (m. ca. 107) tiene en sus cartas ligeras alusiones a la Virgen, a quien llama siempre por su nombre propio de *Maria*. No le da nunca ni el nombre de Virgen ni el de Madre de Dios, pero dice claramente que de ella nació el Hijo de Dios y de una manera virginal. Por tanto, si no nos da el nombre, nos da *la realidad* de María *Madre-Virgen*, que es la imagen fundamental suya, aun en lo que se refiere a su cuerpo.

El Protoevangelio de Santiago, que como libro es mencionado ya por Orígenes y que también conocen su maestro Clemente de Alejandría y el filósofo Justino, es un escrito de la primera mitad del siglo II, y desde luego existía con toda certeza a fines del mismo¹. En la primera parte, que trata de la niñez y juventud de la Virgen, nos habla de su desarrollo corporal (c. VI) y cómo en el templo creció "semejante a una paloma" (c. VIII). La idea de *la pureza física y corporal* de María domina en los primeros capítulos del libro. Todas las precauciones de su madre tienden a salvar esa pureza. Cuando la Niña tiene nueve meses, su madre la deja en el suelo para ver si sabe ya andar. La Niña da siete pasos y se vuelve a los brazos maternos; ya no volverá más a tocar el suelo, porque pudiera estar impuro. En casa la madre le hace una especie de santuario y allí crece la Niña, al abrigo de toda impureza legal. A su compañía solamente son admitidas las niñas más puras. Un cortejo de vírgenes le acompaña al templo. Allí es educada, al abrigo también de toda impureza. Y porque las manos de los hombres podrían estar manchadas y con ellas los alimentos, un ángel le trae del cielo la comida. Más tarde, cuando deja el templo, sigue siendo la Virgen sin mancha y el Sumo Sacerdote, bajo la inspiración del cielo, la confía a la custodia del más limpio de los jóvenes hebreos.

La insistencia en la pureza legal y física de María nos revela que el autor del Protoevangelio vive en un mundo de

¹ Cf. J. QUASTEN, *Patrology*, vol. 1, Utrecht, Brussel, 1950, p. 119; A. AMANN, *Apocryphes DB (S)*, I, 483.

ideas muy judío y muy otro del cristiano. Para nosotros la santidad y la pureza radican principalmente en la voluntad. En el Protoevangelio no se toca para nada la parte libre que toma la voluntad. Es de un tipo más material y legal, más judío y rabínico. No se habla del voto libre y voluntario de María para consagrar a Dios su virginidad. Su papel parece más bien pasivo. El voto de consagración no lo hace la Niña, sino su madre, que aun antes de que nazca ya la consagra a Dios. Por eso, apenas ha cumplido los tres años, la entrega en el Templo, como señal de que pertenece por entero a Dios y ha de pertenecerle para siempre. Una niña no podía vivir en el Templo sin conservar una pureza legal y física absoluta. Cuando a los doce años no puede seguir en el Templo, los sacerdotes la entregan como un tesoro al más limpio de los jóvenes hebreos.

En el Protoevangelio, y en general en los primeros tiempos cristianos, la Virgen es considerada como un *agente físico* de la Encarnación y de la Redención. Su papel esencial es el de proporcionar un cuerpo digno al Verbo de Dios encarnado; un cuerpo puro y virgen, y por eso el cuerpo de María es puro y virgen, con una pureza y virginidad física, exterior y legal. Más tarde se mirará más en María al *agente moral* de la Encarnación. Desde el siglo III, con Orígenes, la Virgen empezará a ser el modelo del ascetismo cristiano, la iniciadora y protectora de la virginidad. En Occidente, San Ambrosio ha influido como ninguno en realzar la figura virginal de María. Por eso la recensión latina del Protoevangelio, tanto en el Pseudo-Mateo como en el libro de la Natividad de María, no nos habla ya del voto de Santa Ana, sino del voto que hace la misma Niña María y la vida que lleva en el Templo se desarrolla dentro del marco de un convento cristiano, donde la Virgen es ejemplo de todas las virtudes monásticas².

SAN JUSTINO (m. 165) debió conocer, a lo que parece, el Protoevangelio, y es el primero que llama a María con el nombre hoy tan corriente de *la Virgen*³. El es también el primero que establece la comparación, después tan frecuente, entre Eva y María para ponderar su virginidad, su maternidad, su fe y su obediencia⁴.

SAN IBRENEO (m. ca. 202) conserva la imagen moral de María creyente, obediente, causa de salvación y de vida, abogada de la primera mujer, Eva⁵, y toca muy delicadamente los ras-

² Cf. A. AMANN, *Le Protévangile de Jacques et ses remaniements latins*, Paris, 1910, p. 26-28.

³ *Dial. contr. Tryph.* 100: ML 6, 709-12.

⁴ *Ib.*

gos de su figura corporal, cuando nos dice que María fué humana (*homo*)⁶. Para defender la realidad humana de Cristo era necesario acentuar que la Madre había tenido un cuerpo como el nuestro, aunque puro y virgen, como la primera tierra de que fué formado el primer hombre⁷.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (m. antes del 215) contempla a María como figura única en la creación, pues ella sólo es *Mater-Virgo*, síntesis y símbolo de la Iglesia entera⁸.

SAN HIPÓLITO (m. 235) usa habitualmente el nombre de *Virgen* y rara vez el de *María*, que es más frecuente en San Ireneo. Al nombre de Virgen siempre añade el adjetivo *agüa*, *Virgen Santa*. "Jesús tomó carne santa de la Santa Virgen"⁹.

Aunque para San Hipólito el Arca de la Alianza es todavía Cristo, sin embargo, *la madera* es la carne limpia de la Virgen¹⁰.

TERTULIANO (m. 222-232) habla expresamente de la maternidad divina física de María y de la concepción virginal del Señor. Pero en todo lo demás la imagen que nos da de la Virgen es muy humana. Su nombre fué registrado en el censo de los Romanos¹¹ y por ella Jesús se une a David, según la carne¹².

ORÍGENES (m. 254) nos da otro retrato mucho más elevado. Es el primero que aplica a la Virgen el superlativo *panagüa* (*santísima*), que tanta aceptación ha tenido en el lenguaje usual cristiano.

María es ejemplar de las mujeres¹³, vive siempre en las alturas¹⁴ y por su espíritu de reflexión está llena del saber bíblico¹⁵. Fué diligente, nunca perezosa, humilde, justa, sobria, fuerte y paciente¹⁶. La virginidad es su corona, que la levanta por encima de todas las mujeres¹⁷ y la hace digna Madre de Dios. Su cuerpo *escogido*¹⁸ permaneció virgen hasta el fin¹⁹.

5 *Adv. Haer.* III, 22: ML 7, 938s.

6 *Ib.* III, 19: ML 7, 941.

7 *Ib.* III, 21: ML 7, 955; IV, 32, col. 1.080.

8 *Paedag.*: ML 8, 299.

9 *De Antichr.*: ML 10, 732. Sobre el uso del término *Theotókos* cf. J. A. DE ALDAMA, *Sacrae Theologiae Summa*, III, Madrid, 1950, p. 332, n. 8.

10 *In Ps.*, 22: ML 10, 610; cf. HANS ACHELIS, *Hippolit's Kleinere exegetische und homiletische Schriften*, Leipzig, 1897, p. 147.

11 *Adv. Marc.* III, 20: ML 2, 378.

12 *De Carne*, 22: ML 2, 834; cf. IRENEO, *Adv. Haer.* III, 21: MG 7, 952.

13 *In Luc.*, Homil. IX: MG 13, 1.819.

14 *Ib.*, Homil. VII: col. 1.817.

15 *Ib.*, Homil. VI: col. 1.816s.

16 *Ib.*, Homil. VIII: col. 1.821.

17 *In Lev.*, Homil. VIII, 2: MG 12, 494.

18 *In Mat.*, Tom. X, 17: MG 13, 878.

19 *Ib.* col. 876, 877; *In Joann.*, Tom. I: MG 13, 878. Orígenes es el primero que habla de la virginidad *post partum*; cf. ALDAMA, o. c., p. 345.

En la Vida de SAN GREGORIO TAUMATURGO (m. 270) nos cuenta San Gregorio Niseno (m. 394) la primera aparición mariana, que recuerda la historia eclesiástica. La Virgen se apareció llena de luz, que no se podía resistir. En figura de mujer, pero más augusta y excelente que todo lo humano²⁰.

SAN PEDRO DE ALEJANDRÍA (m. 311), en pocas palabras nos traza un cuadro de la belleza moral de María: Cristo nació, según la carne, "ex sancta, gloriosa Domina nostra Dei Genitrice et semper Virgine ac revera Dei Genitrice Maria"²¹.

SAN EFRÉN (m. 373) es el primero que nos habla expresamente de la *belleza y hermosura* de la Virgen, tanto en el alma como en el cuerpo. Al principio de sus himnos dice que quiere cantar a la Madre de Dios y pide gracia para *pintar una imagen llena de belleza*. Ya la pintaron antes todos los profetas en sus libros; ellos trazaron muy hermosas imágenes. Porque María es Virgen pura, vara con flor, vid con uvas, nave cargada de vida y de alegría, piedra de Horeb que da agua, zarza que arde y no se quema. Virgen llena de maravillas, nube refulgente, que encierra dentro de sí al Sol. ¿Qué no es la Virgen? Un segundo cielo, más sublime que el primero. Sabia en su alma, santa en su cuerpo. Santísima Señora que aventaja a los ángeles en la pureza y santidad del alma y del cuerpo. Su pureza no tiene igual, fuera de la de Cristo. Su cuerpo es santo. Toda casta, mansa, suave, eximia, llena de belleza²².

SAN BASILIO (m. 379) habla del cuerpo de la Virgen como *oficina* donde se obró el misterio de la Encarnación. Virgen y Madre al mismo tiempo, su virginidad la honra y hace apta para la santidad. Su pureza fué la que atrajo al Espíritu Santo²³.

Resumiendo las características de este primer período del retrato literario de la Santísima Virgen, podemos decir que en él se encuentra expresada la sustancia y el fundamento de la auténtica belleza y hermosura corporal, que después exaltarán otros escritores posteriores.

San Ireneo nos dice que el Cuerpo de María fué verdadero cuerpo humano, y su carne, carne como la nuestra. Tertuliano

²⁰ *Vita*: MG 46, 914. También afirma que la Virgen le reveló la doctrina sobre la Trinidad: MG 46, 909s.; cf. STEBLE, *Patrologia*, Friburgi, 1937, p. 54; ALTANER, *Patrologie*, Freiburg, 1951, p. 476.

²¹ *Fragmenta*: MG 18, 518; G. ROSCHINI (*Mariologia* I, Roma, 1947, p. 94) cree que S. Pedro de Alejandría sería el primero que aplicó a María el título de "Siempre-Virgen". Pero el texto en que se apoya no parece auténtico; cf. J. A. ALDAMA, o. e., p. 345, n. 68. Y *EstEcl* 21 (1947) 487-489.

²² Todos estos textos se pueden ver en G. ROSCHINI, o. e., p. 97-108.

²³ *Homil. in Christ. Nativil.* 3: MG 31, 1464.

añade que descendía de David y Orígenes que fué de condición pobre.

Estos datos tocan directamente la imagen corporal de María. Su cuerpo fué como el cuerpo de las hijas de los hebreos, que se distinguían por su belleza, su salud y su valor. Ese cuerpo no se encauadra en el marco de las nobles que vivían en los palacios, sino en el de las pobres y humildes que trabajaban en su casa, hacían a pie los viajes y traían el agua de la fuente. El hecho de que descendiera de David no justifica el representarla como reina y señora en los días de su carne, pero sí autoriza a representarla con rasgos nobles, finos y escogidos, incluso con el cabello rubio, como nos dirán autores posteriores, pues la Sagrada Escritura nos dice que su padre David fué "rubio, de presencia agraciada y de rostro hermoso" (1 Sam 16, 12).

Orígenes nos dice expresamente que el cuerpo de María fué *escogido*. San Efrén dice también que fué hermosa en el alma y en el cuerpo.

La belleza fundamental que cautiva más a estos primeros escritores es la que le da "*su virginidad*". Todos se paran en este privilegio de María y ven en él el atractivo singular de la mirada de Dios, la semilla de su pureza corporal, de su dignidad y majestad. La virginidad es honra de la Madre y del Hijo. San Justino apela a ella como prueba de la divinidad de Jesús.

Con la virginidad corporal de María se junta, con lazo único y singular privilegio, la maternidad. El cuerpo de la Virgen fué oficina de la Encarnación de Dios. Materia directamente trabajada por la mano invisible del Espíritu Santo, carne y sangre de donde tomó la suya el Verbo.

Podemos decir que el color y la luz en que miran envuelto el cuerpo de María los primeros escritores cristianos es el que le da su *maternidad-virginal*, color y luz que no es de este mundo gastado y podrido, sino de aquel primero que vió Adán, cuando la lluvia no había caído sobre la tierra ni la mano del hombre la había tocado.

La belleza espiritual del alma reflejada en el cuerpo será recogida y delineada por los escritores del segundo período.

SEGUNDA PARTE

La imagen literaria del siglo IV al siglo VIII

Este segundo período se distingue del primero como la juventud de la niñez. La imagen corporal de María es aquí bella y formada como el rostro de una joven. Las semillas esparci-

das por los primeros escritores germinan y nos dan un retrato ampliado, perfectamente iluminado. Podremos admirar clara y detenidamente la belleza corporal de María.

SAN AMBROSIO (m. 397) ha penetrado profundamente en la psicología interior de la Virgen y la ha puesto al descubierto. Su inspiración y entusiasmo mira especialmente a la belleza del alma, que brilla potente en el cuerpo. La belleza que el Cantar de los Cantares pondera en la Esposa no la aplica, como los autores medievales, al cuerpo de la Virgen, sino a su alma, sol que hacía brillante el alabastro de la carne²⁴.

San Ambrosio ha contemplado primero el alma de la Virgen y luego se ha parado en la contemplación del cuerpo y de todo su exterior, porque aquí volvía a encontrarse con el alma. La nota más característica del retrato literario que hace San Ambrosio es ésta: la relación que establece entre el alma invisible y el cuerpo visible. Todo el exterior lo ve sabiamente compuesto y dirigido por el espíritu. El cuerpo y las palabras de María exhalaban la esencia de la castidad²⁵. Y era tanta, que se comunicaba a los que la trataban. Juan Bautista fué virgen, porque fué como ungido con el bálsamo de la virginidad durante los tres meses que vivió en su casa María²⁶.

La gracia virginal de María que se comunicaba a su rostro y santificaba a los que trataba, radicaba en un pecho valiente e intrépido, más de soldado que niña asustadiza, nos dice San Ambrosio: "La Madre estuvo de pie ante la cruz, y cuando huían los hombres, ella estuvo allí valiente". El propósito virginal de María fué serio, constante y firme; así lo demuestra el valor de su alma en la cruz: "Mientras colgaba de la cruz el Hijo, la Madre se ofrecía a los verdugos". "Cuando huían los Apóstoles, Ella, sin miedo a los tormentos, se metió en el mismo peligro"²⁷.

San Ambrosio recoge el dogma de la virginidad de María y se esplaya en hacernos su retrato sensible y corporal. María, para él es sencillamente el retrato mismo de la virginidad. Si "la Virginidad" se pudiera retratar en sí misma, con ojos, rostro y cuerpo, ese sería el auténtico retrato de la Madre de Dios. Por eso San Ambrosio, después de pintar la imagen moral de María como se reflejaba en el exterior dice: "Este es el retrato mismo de la virginidad"²⁸.

²⁴ *De institutione virginutatis et S. M. virginut.*, c. 14, n. 89: ML 16, 326.

²⁵ *In Luc.*: ML 15, 1.654.

²⁶ *De institut. virginut. et S. Mariae virginut.*, c. 7, n. 50: ML 16, 319.

²⁷ *Ib.*, col. 318, 319.

²⁸ *De virginibus*, l. II, c. 2: ML 16, 240.

San Ambrosio habla del exterior de María al presentarla como modelo y ejemplar de las vírgenes cristianas:

"Sírvaos la vida de María de modelo de virginidad, cual imagen que se hubiese trasladado a un lienzo; en ella, como en un espejo, brilla la hermosura de la castidad, y la belleza de toda virtud...

Virgen fué no sólo en su carne, sino también en su alma, sin que la menor doblez de malicia corrompiese la pureza de sus afectos. Humilde en su corazón, prudente en las palabras, madura en el consejo, parecía en su conversación, diligente en sus lecturas piadosas, confiada no en el valor efímero de las riquezas, sino en las oraciones de los pobres; solícita en sus labores, modesta en sus dichos, firme en poner a Dios y no a los hombres por guía de sus acciones. A nadie hizo mal, quiso bien a todos, respetó a los mayores, fué amable para con los iguales, se abstuvo de la más mínima jactancia, siguió siempre los dictados de la razón y puso sus anhelos en la santidad.

¿Cuándo disgustó a sus padres ni siquiera con una mirada? ¿Cuándo disintió de sus allegados? ¿Cuándo molestó al humilde? ¿Cuándo hizo mofa del débil? ¿Cuándo se apartó del necesitado? Sólo tomaba parte en las reuniones en que la misericordia no tenía que avergonzarse ni cerrar sus ojos el pudor.

Jamás se sorprendió una mirada torva en sus ojos, ni una palabra libre en sus labios, ni un gesto menos modesto en sus acciones. Nunca se descuidó en un modal más ligero ni en un paso menos compuesto o en un tono desabrido. El porte de su cuerpo era trasunto de su alma y reflejo de su inocencia²⁹.

Y es que la suntuosidad de un palacio se conoce en el vestíbulo; desde que se pone en él la planta se entrevén los esplendores de dentro, sin oscuridad alguna, para que nuestra mente, exenta de todo obstáculo corporal, a manera de la luz de una lámpara colocada en el interior, envíe a fuera sus claridades.

¿Para qué recordar su parsimonia en la comida y su diligencia en el trabajo? Aquélla no cubría las exigencias de la naturaleza; ésta las sobrepasaba; en aquélla se sucedían sin interrupción los días de ayuno; en ésta no había intervalo de reposo. Y cuando proporcionaba a su cuerpo el alimento necesario, era lo más vulgar, apto tan sólo para impedir la muerte, no para saciar un placer.

La necesidad y no el regalo daba ley a su sueño, y aun durante el reposo seguía velando su espíritu, el cual muchas veces, mientras descansa el cuerpo, repite consigo las piadosas lecturas, prosigue la meditación interrumpida, última anteriores propósitos o planea futuras empresas.

No acertaba a salir de su casa, si no era para ir al templo, y aun esto, acompañada de sus padres y allega-

²⁹ "Ut ipsa corporis species simulacrum fuerit mentis; figura prohibitatis."

dos. En la oculta laboriosidad de su hogar o en las prudentes compañías fuera de su casa, era ella misma la mejor custodia para sí.

Reflexiva en sus palabras y acciones, no dió un solo paso sobre el suelo que no fuera un nuevo paso en la virtud...

María observaba a todos, como si de todos debiera aprender, y al mismo tiempo cumplía todos los deberes de la virtud, no tanto como discípula cuanto como maestra.

Tal nos la describió el Evangelista, tal la encontró el Ángel, tal la eligió el Espíritu Santo...

El Ángel la sorprendió sola en el aposento de su casa, sin que nadie interrumpiera o perturbara su recogimiento. ¿Qué necesidad podía sentir de verse acompañada por otras jóvenes quien se gozaba con la compañía de sus sanos pensamientos? Tanto menos sola se creía, cuanto más sola se hallaba³⁰. ¿Cómo considerarse sola, cuando se veía rodeada por tantos libros sagrados, tantos arcángeles y tantos profetas?...

Le turbó la sombra del varón, no la majestad del ángel, para que entienda la delicadeza de su oído, el pudor de su mirada. Enmudeció al saludo, respondió a la embajada, se turbó ante la alabanza, pero se sometió a la obediencia...

Al conocerse elegida de Dios, se sintió más humilde... Turbada con el saludo, imperturbable ante los milagros... Con ser Madre de Dios, deseaba someterse a los preceptos del Señor y la que había engendrado a Dios anhelaba únicamente conocer a Dios³¹.

En la Virgen el compañero inseparable de todas las virtudes es el pudor... Ni siquiera al templo osaba acercarse María, si no era custodiada por el pudor.

He aquí la imagen de la verdadera virginidad. Esta fué María, cuya vida pasó a ser norma para todas las vírgenes. Si, pues, nos agrada la Maestra, ensayemos en nosotros sus obras... ¡Qué de virtudes brillan en una sola virgen! Modestia en el recogimiento, ardor en la fe, presteza en la devoción; virgen en casa, compañera humilde para servir a los demás, madre en el templo.

¡Oh y a cuántas vírgenes saldrá a recibir María, a cuántas estrechará entre sus brazos y presentará al Señor diciendo: Esta ha sido fiel a mi Hijo³².

³⁰ "Tum sibi minus sola videbatur, cum sola esset."

³¹ "Quae Deum genuerat, Deum tamen scire cupibat."

³² *De Virgin.*, l. II, c. 2: ML 16, 209-211; cf. F. VIZMANOS, *Las Vírgenes cristianas en la primitiva Iglesia*, Madrid, 1949, p. 692-695. S. Ambrosio parece que depende del opúsculo de *Virginitate*, de S. ATANASIO, transmitido en Le Museon 42 (1929) 197-275. Que ésta sea la fuente principal de S. Ambrosio en el retrato moral que hace de la Virgen lo ha demostrado AL. JANSSENS en una revista flamenca, y, sobre todo, A. SPENN en una tesis manuscrita, presentada a la Facultad de teología de Lyon. La demostración la han aceptado, entre otros, DOM CAPELLE en *Recherches de Théologie Ancienne et Médiévale* 4 (1932) 270, y el P. HALKIN en *Analecta Bollandiana* 55 (1937) 117.

SAN EPIFANIO (m. 403) dice que la concepción de la Virgen fué natural, en cuanto que su cuerpo no lo recibió del cielo, sino de San Joaquín y de Santa Ana³³. El nombre usado corrientemente en su tiempo era el de *Virgen*, nombre que no ha de dejarse nunca³⁴. Virgen castísima y digna de todo honor, a quien houró el mismo José, porque "la veía dotada de todo esplendor y gloria", "perpetua compañera de Cristo, que jamás se arrancó de su lado"³⁴. "Virgen santa, *Vaso* santo", "escogida entre todas como vaso y habitación consagrada al Hijo de Dios³⁵.

Es la primera vez que encontramos la alegoría del *vaso*, que las Letanías Lauretanas recogen en tres de sus advocaciones.

Para San Epifanio, *el cuerpo* mismo de María es sagrado³⁶.

SAN JUAN CRISÓSTOMO (m. 407) es muy sobrio en la pintura de la Virgen. Dió a luz a Cristo sin detrimento ninguno de su carne, venciendo a la naturaleza y el estado del matrimonio. Fué el templo que Dios mismo se fabricó. "El artista que halla una materia útil, hace de ella un objeto hermoso. Cristo construyó para sí un templo vivo del cuerpo santo y del alma de María"³⁷.

SAN JERÓNIMO (m. 420) compara a la Virgen con el Jordán, rebotante siempre de aguas³⁸, con la puerta oriental cerrada y llena de luz³⁹, con la nube que le da el sol⁴⁰ y sostiene expresamente el origen davídico de María⁴¹.

SAN AGUSTÍN (m. 430) es el primer autor que habla del rostro físico de la Virgen y parece indicar que en su tiempo ya se habían perdido las líneas auténticas del mismo: "*Neque enim novimus faciem Virginis Mariae, ex qua Ille a viro intacta neque in ipso partu corrupta mirabiliter natus est*"⁴².

San Agustín, sin embargo, no se refiere a ningún retrato o pintura de la Virgen, cuestión que él no examina, sino a la imagen que se forma cada uno de los lectores del Evangelio

³³ *Epist. adv. Collyrid.*: MG 42, 738, 747.

³⁴ *Adv. Haer.*, II; haer. 78: MG 42, 707, 711, 718, 731.

³⁵ *Ib.*, col. 702, 734.

³⁶ *Ib.*, col. 738.

³⁷ *In Natal. Chr. diem*: MG 56, 387-388. Esta Homil. es del año 386.

cf. ALTANER, *Patrologie*, 1951, p. 283.

³⁸ *Epist.* 78: ML 22, 700.

³⁹ *Epist.* 48 *ad Pammach.*, n. 21: ML 22, 510.

⁴⁰ *Homil. in Ps.* 78, 24: ML 26, 1.049.

⁴¹ *Comment. in Mt.*, I, I, c. II: ML 26, 24.

⁴² "Utrum autem illa facies Mariae fuerit quae occurrerit animo cum ista loquimur aut recordamur, nec novimus omnino, nec credimus. Itaque hic salva fide licet dicere; forte talem habebat faciem; forte non talem." *De Trinit.*, I, VIII, c. V: ML 42, 952: cf. c. IV, col. 951.

sobre los personajes diversos que en él intervienen. Lo que dice de la Virgen lo dice también de Cristo y de San Pablo y aun de Lázaro. Todos los que no los hemos conocido de vista nos formamos una imagen de su cuerpo, cuando pensamos en ellos, que generalmente, como nos enseña la experiencia en otros casos, no responde a la realidad. Lo que ocurre con las personas, ocurre con los lugares: con el sepulcro de Lázaro, con el del Señor, con el Monte de los Olivos. Los que no lo han visto se lo imaginan, pero muy diversamente de lo que es en la realidad. En tiempo de San Agustín existía el sepulcro del Señor y el Monte de los Olivos. Cualquiera podía verlo y adquirir una imagen exacta. Y, sin embargo, San Agustín pone estos lugares en la misma línea y plano que el rostro del Señor, de la Virgen o de San Pablo. Y es que él sólo habla de la imagen que se forman los que no han sido testigos de las personas o de los lugares.

No dice, pues, San Agustín que en su tiempo no se pudiera llegar a un conocimiento más o menos exacto del rostro del Señor y de la Virgen, sino que la imagen que vulgarmente se formaban los lectores del Evangelio sobre las facciones exteriores no respondía a la realidad, como vemos ocurre en el caso de las demás personas o lugares de que sólo hemos oído hablar. Por eso dice también el Santo que los rasgos físicos de Cristo o de su Madre no entran en el objeto de la fe ni tienen su certeza⁴³.

Aunque San Agustín ha tocado el problema de la figura exterior de la Virgen, lo ha hecho de paso y sin resolverlo, como simple ilustración para explicar el objeto de la fe, al cual no pertenece.

Los datos que nos da el Santo Doctor para la imagen de María pertenecen todos ellos al orden espiritual. Es el primero que menciona expresamente el *voto* de virginidad, cuya existencia deduce del Evangelio⁴⁴.

La maternidad divina de María es física, pero vale más la moral de la fe⁴⁵. Y el realce principal se lo da su perpetua

⁴³ "*Salva fide licet dicere forte talem habebat faciem, forte non talem; forte autem de Virgine natus est Christus, nemo salva fide christiana dixerit.*" *Ib.*, col. 951-3.

⁴⁴ *Serm.*, 291: ML 38, 1.319; *De Sanct. Virg.*, c. 3: ML 40, 398. Cf. col. 399, donde dice que la Virgen es Madre de Dios y Madre de los hombres.

⁴⁵ "Fide plena et Christum prius mente quam ventre concipiens", *De virg.*, 3: ML 40, 397-8. "Maternitatis propinquitatis nihil Mariae profuisset, nisi felicius Christum corde quam carne gestasset"; *Serm.* 215: ML 38, 1.074.

virginidad⁴⁶. Como Virgen-Madre es la honra del mundo⁴⁷.

SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA (m. 444) siempre llama a María con el nombre de *Santa Virgen, Egregia Virgen, Casta y Santa Virgen*⁴⁸. El retrato que nos hace de ella pertenece también al orden moral y se puede resumir en estas palabras suyas: "Tesoro venerando del Orbe todo, lámpara inextinguible, corona de la virginidad, celso de la verdadera doctrina, templo indisoluble, santo y virginal seno"⁴⁹.

TEODOTO DE ANCIRA fué obispo y tomó parte en el Concilio de Efeso (431), amigo en un principio de Nestorio y luego adversario suyo. Murió antes del 446 y nos dejó seis discursos sobre la Virgen: "Obra de Dios en el cuerpo y en el alma. Rostro de fulgor divino y sumamente gracioso"⁵⁰. Dios hizo a Eva, la primera virgen, sin mancha ninguna. Y el mismo Dios ha hecho esta segunda, pura e inmaculada. Si el exterior lo hizo hermoso, el interior, residencia del alma, lo hizo santo. María es santa por donde quiera que se la mire, está sumergida en ella como el que entra en el mar. Es paloma blanca e inocente⁵¹.

La santidad toca al alma y al cuerpo. Veamos cómo desarrolla esta segunda. María fué como las demás mujeres en lo que mira al sexo, pero no participó en la malicia de ellas. Virgen pura, sin mancha..., santa en el alma y en el cuerpo, como un lirio que florece entre espinas.

Después de exponer las artes de vanidad con que se arreglan en su exterior las mujeres de su tiempo, termina diciendo que la belleza exterior de la Virgen no fué artificial y buscada, sino nacida de dentro, como la de la rosa natural en contraposición a la artificial y contrahecha.

"Todavía no había nacido y ya estaba consagrada al Señor. Apenas nace, sus padres la llevan al templo en promesa de gratitud. Allí la ofrecen como alumna de Dios y discípula de la Ley, ungida del Espíritu Santo, vestida de la gracia divina como con un manto, desposada con Dios y saboreando ya su alma las cosas divinas. Sus ojos brillaban con los esplendores de la santidad; sus oídos se recreaban con los cánticos sagrados; su lengua y sus labios destilaban miel. Hermosa en su andar, más hermosa en su obrar. Digna y venerable en las palabras, más to-

46 "Virgo concipiens, virgo pariens, virgo moriens"; *De catech. rud.*, c. 22: ML 40, 339.

47 "Est dignitas terrae"; *De Genes. contr. Manich.*, c. 24: ML 38, 871.

48 *Lib. adv. nolentes confiteri B. V. esse Deiparam*: MG 76, 278, 283; *Adv. Nest.*, I: MG 76, 18.

49 *Hom.* IV: MG 77, 991.

50 *Hom.* IV: MG 77, 1.394.

51 *Ib.*, col. 1.395, 1.399, 1.410.

avía en las acciones. Sus movimientos, mansos y tranquilos; buena a los ojos de los hombres, más buena a los de Dios... Toda hermosa. Su voluntad, toda buena, toda suave, como un vaso de ungüentos" 52.

SAN PEDRO CRISÓLOGO (m. ca. 450) se ha fijado en la pequeñez de la humanidad femenina de la Virgen, que llama "*pusillum humanitatis hospitium*", y la contrapone a la magnitud de la maternidad divina, "*magnum deitatis templum*", "*maior caelo, fortior terra, orbe latior*" 53.

María no se impresionaba de las criaturas. Sólo le impresionaba la grandeza de Dios, hasta tocarle a lo más hondo de su ser. "Se turbó su carne, se conmovieron sus entrañas, tembló su mente, el pasmo llegó a lo más hondo de su corazón, porque en la visita del Ángel sintió la Virgen la visita de Dios" 54.

HESTIQUIO, presbítero de Jerusalén (m. ca. 451), en uno de los tres sermones que nos ha dejado sobre la Virgen habla con todo realismo de su integridad corporal, pues "no perdió nunca el sello que le dió la naturaleza" 55. Del realismo pasa a la figura y dice que la Virgen es "tórtola limpia, paloma sin mancha, nube cargada de agua pura, templo incorrupto, tabernáculo santo" 56.

Tal vez la pintura mejor es la que hace comparando a la Madre con el Hijo: "Si Cristo es perla, Ella es arca; si El es sol, Ella es cielo; si El es flor inmarcesible, Ella es planta incorruptible y paraíso de inmortalidad... Esta es la Virgen: egregia entre las mujeres, escogida entre las vírgenes, preclaro ornamento de nuestra naturaleza, gloria de nuestro barro" 57.

Con razón *Jugie* ve en este cuadro a la Inmaculada exenta de todo pecado y concupiscencia, asociada definitiva y totalmente al triunfo de Cristo sobre el demonio y sobre la muerte 58.

Otro valor de interés en este testimonio se lo da el *arca* aplicada directamente a María y que ha pasado a las Letanías Lauretanas 59.

52 *Hom. VI in Deip.*: MG 77, 1.427s.; cf. STEDLE, *Patrologia*, p. 422.

53 *Serm. 144 de Annunt.*: ML 52, 584, 586.

54 *Serm. 143*: ML 52, 534.

55 *Serm. in Praesent. Dni.*: MG 93, 1.470.

56 *Ib.*, col. 1.461, 1.464, 1.465.

57 *Ib.*, col. 1.465-66.

58 *BTC Immaculée*, VII, col. 910.

59 En la *Hom. V de Laudibus S. M. V.*, de donde están tomadas las lecciones del III Noct. para la fiesta de la Octava de la Inmaculada, se llama a la Virgen "ovis immaculata", que dió a luz a Cristo Corredero, y "urna aurea", que encierra el maná del cielo. Podría ser esta

BASILIO, obispo de Seleucia (m. ca. 458), en una preciosa homilía describe a la Virgen como templo digno de Dios perfumado con las aromas de la castidad. El misterio de la Madre de Dios queda por encima de toda mente y de toda palabra⁶⁰.

CRISIPPO, presbítero de Jerusalén (m. 479) repite la imagen del arca que le corresponde a la Virgen por la Encarnación, y dice que, aunque se llama esclava, es la más hermosa de todas las mujeres⁶¹.

Al siglo V pertenece probablemente el PSEUDO-MATEO, redacción occidental del Protoevangelio en la primera parte, que, retocada más tarde con un criterio católico, se atribuyó en la Edad Media a San Jerónimo, entre cuyas obras figura⁶². Por la autoridad del Doctor Máximo influyó mucho en los autores medievales. Por lo mismo, es interesante conocer el retrato que hace de la Virgen, pues muchos de sus rasgos se encuentran después repetidos a la letra. La vida de la Niña María en el templo la describe como la podía ver un historiador de monjas benedictinas.

"Y María causaba admiración a todo el mundo. A la edad de tres años marchaba con paso tan seguro, hablaba tan perfectamente, ponía tanto ardor en sus alabanzas al Señor, que se la habría tomado, no por una niña pequeña, sino por una persona mayor, pues recitaba sus plegarias como si tuviera treinta años. Y su semblante resplandecía como la nieve, hasta el extremo de que apenas podía mirársele. Y se aplicaba a trabajar en la lana, y lo que las mujeres adultas no sabían hacer, ella, en edad tan tierna, lo hacía a perfección...

Ninguna de sus compañeras era más sabia que ella en la Ley del Señor, ni más humilde, ni más hábil en entonar cánticos de David, ni más graciosa en su caridad, ni más pura en su castidad, ni más perfecta en toda virtud, ni más constante, ni más inquebrantable, ni más perseverante, ni más adelantada en la realización del bien.

Nunca se la vió encolerizada, ni se la oyó murmurar de nadie. Toda su conversación estaba tan llena de dulzura, que se reconocía la presencia de Dios en sus labios. Continuamente se ocupaba en orar y en meditar la Ley y, llena de solicitud por sus compañeras, se preocupaba de que ninguna pecase ni siquiera en una sola palabra, de que ninguna alzase demasiado la voz al reír, de que ninguna injuriase o menospreciase a otra.

Bendecía al Señor sin cesar y, para no distraerse de loarle cuando alguien la saludaba por respuesta decía:

la primera vez que se llamó a la Virgen "*foederis arca*", si la Homilía fuera realmente de S. Epifanio. Pero su autenticidad es muy dudosa y algunos la atribuyen a otro Epifanio del siglo VII.

⁶⁰ *Oratio XXXIX*: MG 85, 443, 430.

⁶¹ *Encomium B. M. V.*: Patr. Orient. 49, 336.

⁶² *Epist. 50 de Nativ. Mariae*: ML 30, 307-315.

"Gracias sean dadas a Dios". De ahí vino a los hombres la costumbre de contestar: "Gracias sean dadas a Dios", cuando se saludan" ⁶³.

El Evangelio armenio de la Infancia, introducido en Armenia a fines del siglo VI ⁶⁴, habla así del cuerpo de la Virgen: "En el instante en que la Virgen decía estas palabras, el Verbo de Dios penetró en ella por un oído y fué santificada la naturaleza íntima de su cuerpo con todos los sentidos y fué purificada como el oro en el crisol. Fué así un templo santo, inmaculado, habitación de la divinidad del Verbo" ⁶⁵.

El Tránsito de María, original griego que parece datar del siglo IV-V, ha influido mucho, tanto en la Iglesia griega como en la latina. En una de sus formas se atribuyó falsamente a Melitón, obispo del siglo II ⁶⁶. En el capítulo X habla así del cuerpo de la Virgen:

"Desnudado el cuerpo de sus vestidos, sus sagrados despojos brillaban con tal claridad que sólo se le podía tocar por singular privilegio de la bondad de Dios. Era purísimo y sin la menor mancha. Cuando fué revestido de ropas blancas y ordinarias, el resplandor desapareció poco a poco. El rostro de la bienaventurada Madre de Dios era semejante a la flor del lirio y su cuerpo difundía un olor suavísimo, maravilloso, cual no se puede encontrar jamás" ⁶⁷.

En el texto árabe, que es la versión más importante del Tránsito, llaman los discípulos a la Virgen "Madre de la luz" ⁶⁸.

Por esta misma época—siglo V-VI—se coloca hoy el Pseudo-Dionisio, que parece habla también de la Asunción de María ⁶⁹. A nosotros nos interesa la impresión que para el autor causaba la presencia de la Virgen: "Llena de modestia y gravedad, de una majestad sobrehumana, que la hubiera hecho pasar por una diosa si la razón y la fe no se opusiesen" ⁷⁰.

⁶³ C. VI. Este dato lo copia a la letra el Cartujano.

⁶⁴ Cf. A. AMANN, *Apocryph.*, DB (S) I, 486.

⁶⁵ Cf. DANIEL-ROPS, *I Vangeli della Vergine*, Torino-Roma, 1949, p. 147/8.

⁶⁶ Cf. A. AMANN, *ib.*, col. 483.

⁶⁷ Cf. DANIEL-ROPS, *ib.* e. X, p. 169.

⁶⁸ *ib.*, p. 174.

⁶⁹ *De divinis Nominibus*, e. III, 2; MG 3, 682; cf. C. BALIC, *Testimonia de Assumptione B. V. M.*, pars prior, Romae, 1948, p. 60; M. JUGHÉ, *La Mort et l'Assomption de la Ste. Vierge*, Città del Vaticano, 1944, p. 99s.

⁷⁰ Cf. MG 4, 747, 750, que reproduce la *Vida de San Dionisio*, publicada el 1633 por el P. PEDRO HALLOIX en su obra "Illustrium Ecclesiae Orientalis scriptorum, qui sanctitate iuxta et eruditione I Christi sacculo floruerunt et apostolis convixerunt", Duaci, 1633.

VENANCIO FORTUNATO, poeta del siglo VI (m. ca. 601), nos ha dejado en verso una descripción poética de la hermosura de la Virgen, que puede referirse al alma y, sobre todo, al cuerpo, pues todas las comparaciones se inspiran en el mundo sensible:

"Speciosa venustas...
 Inde rubore rosas, candore hinc Ilia vincens...
 Quo tua forma nitet, evincta metalla iacent.
 Nix premitur candore tuo, sol crinis honore;
 Pallescunt radii, Virgo, decore tui"⁷¹.

SAN MODESTO (m. 634) habla de la Asunción en su Encomio y son para nosotros de especial interés las alabanzas que tributa al cuerpo, "cuerpo santo de la Madre de Dios, cuerpo inmaculado".

Hablando con la misma camilla donde reposan los restos mortales de la Virgen, dice: "Oh sagrado lecho, que llevas lo que es mayor que todo el mundo, el receptáculo purísimo del Dios incomprendible". "Oh sagrado lecho, que llevas en tí la divina oficina de la universal salvación." "El palacio del Rey del cielo, que para sí mismo se edificó..., el más puro y escogido metal, de donde el propio Creador tomó para sí barro renovado... incienso espiritual, que con el buen olor de Cristo Dios llenó toda la tierra..., vaso santificado y lleno del unguento de la divina deidad"⁷².

Aunque no se encuentran aquí los rasgos exteriores del retrato de la Virgen, hallamos el valor y peso espiritual, la dignidad y respeto que se merece su cuerpo santo.

SAN MODESTO (m. 638) habla de la Virgen como de algo que está por encima de todo lo creado. Es santa en el alma y en el cuerpo, pura e inmaculada, y nadie como ella se ha acercado tanto a Dios⁷³. Fue de grande inteligencia natural, muy prudente y ponderada en todas sus cosas. "Tan colmada de todos los dones de sabiduría, que puede ser llamada "la misma sabiduría"⁷⁴.

SAN GERMÁN (m. 733) puede cerrar este segundo período del retrato literario de la Madre de Dios. Todo en Ella es admirable e increíble; todo está por encima de la común naturaleza, por encima de la razón y del poder natural⁷⁵. María es la paloma que trae el ramo de oliva en el pico, que es el Divino Sal-

71 *Miscell.*, I. VIII: ML 88, 281.

72 *Encomium XIII*: MG 86, 3.307, 3.310.

73 *Epist. Synod.*: MG 87, 3.160s.

74 *Orat. II in SS. Deip. Annunt.*: MG 87, 3.243, 3.248.

75 *In S. Mariae Zona*: MG 98, 382.

vador; Paloma con plumas de oro, que es el fulgor del Espíritu que la ilumina⁷⁶. Ella es la Reina a quien Dios ha sentado en el primer trono de su Reino⁷⁷. Su belleza la perciben aún los mismos sentidos⁷⁸. Su cuerpo es puro e inmaculado⁷⁹, virginal, todo santo, todo casto, casa donde habita el mismo Dios⁸⁰. Su andar⁸¹ fué modesto y elegante.

Si ahora sintetizamos las características de este segundo período, podemos decir que en él se retrata, más que la belleza de perfección y entitativa del cuerpo, aquella otra superior e interior del alma, que en él se hace intuíble. La hermosura y perfección del alma irrumpe en el cuerpo y lo transforma. Como la luz del sol que se esconde en el seno de la nube, pero que no es del todo aprisionada, sino que se asoma también al exterior. La belleza espiritual y moral del alma de María es el objeto fundamental que retratan los autores de este segundo período, pero hecha luz y color en el cuerpo, en su rostro, en todos sus gestos y movimientos. Los escritores del primer período casi no hablan del cuerpo. Estos segundos hablan de él; pero no se interesan por el color físico de sus ojos, por la estatura, por la forma y medida material del rostro, de las manos y de los dedos. Se interesan por lo que había de más valer en la Virgen: por su alma y su vida interior, por la luz de su espíritu, ardiendo en el vaso alabastrino de su carne.

La hermosura de la virginidad y santidad de María se comunicaba a su cuerpo, que quedaba así revestido de una hermosura sólida, firme y perpetua, como es todo lo que viene del espíritu; la hermosura más divina y eterna que se ha dado en la carne mortal. La belleza de Dios y de los espíritus reflejándose en nuestro barro, como la luz del sol se refleja en la luna opaca y fría. La gloria de la carne como tal es frágil y efímera, insustancial.

El Sr. Sánchez Muniain distingue justamente en el cuerpo de la Virgen su belleza de perfección física y entitativa y su belleza espiritual intuíble. Esta segunda accidental y expresiva es superior a aquella sustancial y física, porque "a través de los gestos no descubrimos sólo ni aun tanto la salud y perfección corporal cuanto la belleza del alma. Por virtud de la infinita gama de las expresiones humanas naturales, toda la belleza del alma se asoma al cuerpo, revistiéndole a éste de

⁷⁶ *In Praesent. Deip.* 1, 18: MG 98, 307.

⁷⁷ *In Praesent. Deip. Hom.* I: MG 98, 303.

⁷⁸ *Ib.*, col. 291.

⁷⁹ *In S. M. Zona:* MG 98, 375.

⁸⁰ *In Dorm. Deip.* I: MG 98, 246.

⁸¹ *In Praesent. Deip. Hom.* II: MG 98, 306.

otra más alta y espiritual belleza. El hechizo principal del cuerpo de María estaba en la expresión intuíble de su alma.

Lo que no sabemos es en qué grado permitió Dios N. S. que cada cual pudiera descubrir y penetrar esa belleza. Porque si las obras superiores del arte tienen secretos ocultos a los contempladores vulgares, la belleza corporal de María sólo podía ser agotada por la contemplación de Dios"⁸².

TERCERA PARTE

La imagen literaria del siglo VIII al XV

Con SAN ANDRÉS DE CRETA (m. ca. 740) podemos decir que empieza un nuevo período en el retrato literario de la Virgen. Es el primer autor que nos da una nota física y concreta de su cuerpo. Hablando del cuerpo muerto antes de su resurrección y Asunción gloriosa, nos dice que medía hasta *tres codos*, que estaba lleno de luz y la fragancia de su santidad perfumaba toda la creación⁸³.

San Andrés distingue entre la belleza interior y exterior. Dios encontró en la Virgen las dos. "Ella es la corona de la hermosura"⁸⁴.

Por lo demás, la hermosura que más pondera el Santo es la interior y espiritual, que se derrama también en el cuerpo. La Virgen es como el libro del N. T., donde sin palabras y sin letras leemos a Dios y al Verbo, que son sus autores⁸⁵.

La belleza de María es eximia, como una estalua esculpida por el mismo Dios, donde se ha vaciado egregiamente la imagen del divino Arquelipo⁸⁶.

El cuerpo de la Virgen estuvo como unguido por la misma divinidad, barro divinamente perfecto y materia muy propia para la Encarnación de Dios. Muy frecuentemente le da el título de Reina⁸⁷.

SAN JUAN DAMASCENO (m. ca. 750) ha sido uno de los mayores devotos de María. Para él no hay nada más dulce que la Madre de Dios, que se ha adueñado de su mente y de su pluma. En ella piensa de día y de noche, y Ella, como Madre que

⁸² JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ MUNIAIN, *La belleza de María como fundamento teológico de la Asunción corporal*, Diario "Ya", 1 nov. 1950, p. 10.

⁸³ "Tres longuin cubitos". In *Dormit.* III: MG 87, 1091.

⁸⁴ "Diadema pulchritudinis". In *Nativ. B. V. M.* IV: MG 87, 863.

⁸⁵ In *Dormit.* III: MG 97, 1097s.

⁸⁶ In *Dormit.* III: MG 97, 1092.

⁸⁷ In *Dormit.* I: MG 97, 1067.

es del Verbo, le dicta también las palabras⁸⁸. María es la que preside toda su vida⁸⁹. Es su Reina, Dueña y Señora⁹⁰.

El cuerpo de la Virgen fué mortal como el nuestro, pero bienaventurado y puro⁹¹. La carne de Dios se formó de su sangre; su pecho alimentó a Dios y sus labios besaron a Dios. Por eso es la gloria de todas las mujeres, la hermosura de la humana naturaleza⁹².

Las alabanzas sueltas son innumerables en este Santo, pero a nosotros nos interesa el retrato general y seguido que hace de todo su cuerpo y aun de sus partes parecido al que ya hemos contemplado en San Ambrosio:

"Sus ojos, siempre en Dios, fijos en la eterna e inaccesible luz. Los oídos, abierto a la palabra divina y gozando con la cítara del Espíritu. Su olfato, recreado con el olor del ungüento del Esposo. Los labios, alabando siempre a Dios y pegados a los suyos. La lengua y el paladar, dando salida a las palabras de Dios y gozando infinitamente de su dulzura. El corazón, puro, sin mancha, veía a Dios y siempre estaba ansioso de él. Su seno fué domicilio del que nadie puede abarcar en sí. Su pecho alimentó a Dios, al Niño Jesús... Con sus manos y rodillas sostuvo a Dios, como trono más sublime que los querubines. La Ley de Dios, como antorcha, guió sus pies, que siempre caminaron en pos de El, con paso recto. Toda hermosa, toda allegada a Dios."

"El amor me arrastra hacia ti. ¿Cómo describir la gravedad de tu andar? ¿Tu manto? ¿La hermosura de tu rostro? ¿Aquella prudencia de anciana en un rostro de joven? Tu vestido fué honesto, lejano de toda mollicie o lujo. Tu andar, grave, sin precipitación, sin inconstancia o blandura. Tu porte fué alegremente serio, que cerraba la puerla a cualquier varón, como prueba el temor con que acogiste la visita del Angel. Obsequiosa y obediente a tus padres; humilde en medio de la más alta contemplación; de una conversación agradable, salida de un alma siempre dulce. ¿Qué más, sino que fuiste digna morada de Dios"⁹³.

"Alimentada por el Espíritu santo fuiste como oliva que dió toda clase de virtudes; limpia de toda mancha de mundo y de carne conservaste el alma y el cuerpo virgen"⁹⁴.

EPIFANIO, monje y presbítero del Monasterio de Kallistratos,

⁸⁸ "Cum Verbi sit parens, verba quoque suppeditat". *Homil. III in Dorm.*: MG 96, 754.

⁸⁹ "Vitae praesidem habet". *Homil. I in Nativ. Deip.*: MG 96, 679.

⁹⁰ MG 94, 1158-1159; 1162; 96, 670, 690, 719, 722, 742, 755, 759, 839.

⁹¹ *Homil. I in Dorm.*: MG 96, 715.

⁹² *In Nativ. B. M. V.*: MG 96, 671.

⁹³ *Homil. I in Nativ.*: MG 96, 674, 678s.

⁹⁴ *De Fide Orthod.* IV, 14: MG 84, 1159.

en Constantinopla, a fines del siglo VIII y principios del IX⁹⁵, hace época en la historia de la Virgen por haber escrito la primera biografía suya que ha llegado a nosotros. En el prólogo dice que los Apóstoles y discípulos del Señor nos dijeron muy poco de Ella, pero "viejos doctores" han suplido su falta, escribiendo cosas maravillosas de la Madre y del Hijo⁹⁶. Al final de la Vida pone la primera cronología detallada que conservamos de la Virgen⁹⁷. Vamos a transcribir ahora el retrato físico que hace de Ella y que influyó notablemente en todos los autores posteriores.

María fué mujer de talento y muy deseosa de saber. Aprendió el hebreo y trabajó en el estudio de la Sagrada Escritura. Fué primorosa en el arte de tejer la lana, el lino, la seda y la púrpura, aventajando en saber e inteligencia a todas sus compañeras⁹⁸.

"Su manera de obrar era ésta: grave, digna en todas sus acciones, hablaba poco, obedecía pronto y era afable, modesta con todos, sin prorrumpir en risas, ruidos o en ira. Respetuosa, atenta y obsequiosa con los demás, todos admiraban su inteligencia y sus palabras.

Era mediana de estatura, aunque algunos afirman que la sobrepasó. Su color era trigueño, el cabello rubio, los ojos también rubios y hermosos, las cejas negras, la nariz justa, las manos y los dedos largos; el rostro alargado también, llena de gracia y hermosura divina.

Era contraria al fausto, al arte, al ornato y al regalo. Sumamente humilde... El vestido que gustaba y usaba no estaba teñido artificialmente, como prueba su sagrado velo. Trabajaba en hilar la lana y siempre estaba ocupada en la oración, la lectura, el ayuno y el trabajo manual; en todo lo que fuera virtud. Por su trabajo y perfección María Santísima era maestra de todas las mujeres"⁹⁹.

Al final de su vida "por los sufrimientos y ascéticas penitencias, estaba muy debilitada"¹⁰⁰.

SAN TARASIO (m. 806) dice que la Virgen estuvo nueve meses en el seno de su madre, según la ley natural, y que a los tres años fué llevada al Templo, y allí "donde los sacerdotes estaban con temor, Ella, niña pequeña, habitaba con serena y tranquila alegría"¹⁰¹.

⁹⁵ Lex. f. Theologie u. Kirche III. 727.

⁹⁶ MG 120, 186.

⁹⁷ Ib., col. 215.

⁹⁸ Ib., col. 191.

⁹⁹ Ib., col. 194.

¹⁰⁰ Ib., col. 214. Cf. DONSCHÜTZ, *Texte u. Unters. N. T.*, III, 18, p. 303.

¹⁰¹ *Homil. in SS. Deip. Praes.*: MG 98, 1482.

"Cuando el sacerdote que la recibió contempló la belleza de su aspecto, la hermosura de su rostro, la modestia de su lengua, la nobleza de su alma, la gloria inocente de su vida, el andar de sus pies, la moderación de sus costumbres y la decencia de su vestido", inspirado por el Espíritu Santo exclamó: "Oh Niña Inmaculada, joven hermosísima, gloria de las mujeres, lustre de las hijas de Eva" ¹⁰².

Los primeros en admirar "la inteligencia, bondad y mansedumbre" de María fueron sus padres, San Joaquín y Santa Ana.

"Se adelantaba a su edad, vivía en estrecha unión con el Omnipotente... asistía a diario a las funciones sagradas y despreciaba como tela de araña lo perecedero del mundo. Rica con las riquezas del cielo, despreciaba las de la tierra. Con la contemplación diaria de la alegría de los ángeles se sentía superior a todos los afanes de la vida y con la visión continua del espíritu Santo se sentía fuerte para vencer los escuadrones de los espíritus malos... Semejante a una paloma guardaba su castidad y se entregaba a la oración."

Por lo que nos dice San Tarasio, los cuadros e imágenes de la Virgen se veneraban con gran devoción en el siglo IX y se inculcaba a los jóvenes y a los niños su amor ¹⁰³.

CEDREÑO, historiador del siglo XI, es muy citado por los autores postridentinos que tratan de la Virgen. Dice que a la edad de tres años fué niña al templo y que a los once perdió a sus padres, quedando bajo el cuidado de su pariente Isabel. El retrato físico depende de Epifanio y del Pseudo-Mateo.

"La estatura era mediana; el color, moreno; el cabello, rubio; los ojos, rubios y medianos; las cejas, grandes; la nariz, mediana; las manos y los dedos, largos; los vestidos, de color natural" ¹⁰⁴.

SAN PEDRO DAMIÁN (m. 1072) extiende la belleza de la Virgen a su alma y a su cuerpo, aunque insiste más en la primera con los autores antiguos ¹⁰⁵.

El monje benedictino, discípulo de San Anselmo, EADME-RO (m. ca. 1124), pondera principalmente la belleza que dimanaba del propósito virginal:

"Virgen tierna y delicada, de estirpe real y hermosísima, que concentró toda su atención, todo su amor, todo

¹⁰² *Ib.*, col. 1490.

¹⁰³ *Ib.* col. 1494. 1499.

¹⁰⁴ *Hist. Compend.*: MG 121, 362s.

¹⁰⁵ *Serm. in Nativ. B. M. V.*: ML 144, 741. 747. 752. 753-55. 761.

su interés en consagrar para siempre al Señor su cuerpo y su alma con virginidad perpetua" ¹⁰⁶.

HUGO DE SAN VÍCTOR (m. 1141) dice que la Virgen fué hermosa en el cuerpo y en el alma. "En el cuerpo la hizo hermosa la integridad de la virginidad; en el alma, la virtud de la humildad. Toda hermosa. En el cuerpo, nivea; en el alma, sincera" ¹⁰⁷.

SAN BERNARDO (m. 1153), devotísimo como pocos de la Virgen, la llama "obra de los siglos" ¹⁰⁸, y no sabe qué admirar más en ella: si la virginidad o la humildad o el conjunto de ambas. La humildad realza la virginidad y la virginidad a la humildad. "Virgen santa, Virgen sobria, Virgen devota" ¹⁰⁹.

La hermosura corporal y espiritual de María enamoró a Dios y a los ángeles en el cielo ¹¹⁰. Piedra brillantísima es "la mansedumbre de su pudor, la devoción de su humildad, la firmeza de su fe y el martirio de su corazón" ¹¹¹.

La humildad resalta tanto en su silencio como en sus palabras ¹¹². Con la humildad va junta la sabiduría de sus ideales. No amó la ciencia humana, la riqueza, la honra, el poder; sólo amó la gracia que nos salva ¹¹³. Esa misma luz interior de alta sabiduría fué la que le hizo estimar el voto de virginidad que San Bernardo, siguiendo a San Agustín ¹¹⁴, a San Beda ¹¹⁵ y a Hugo de San Víctor ¹¹⁶, sostiene que fué María la primera en pronunciar, inspirada desde luego por Dios ¹¹⁷.

En tres epítetos podemos resumir el retrato moral que hace San Bernardo de María, santa en el alma, santa en el cuerpo, carne virginal: "*Oh magna, oh pia, oh multum amabilis Maria*" ¹¹⁸.

El B. ELREDO (m. 1166) hace distinción entre la belleza corporal de María y la belleza interior del alma. Esta se condensa en la caridad, llama ardiente que nunca se enfrió en su pecho, y en su virginidad, cuyo aroma atrajo del cielo al Hijo

¹⁰⁶ *De Excell. B. V. M.*: ML 159, 563.

¹⁰⁷ *Serm. de Assump.*: ML 177, 1211.

¹⁰⁸ *In Fest. Pent. II*: ML 183, 328.

¹⁰⁹ *De Laud. V. M.*: ML 183, 58s.

¹¹⁰ *Ib.*, Hom. II: col. 62.

¹¹¹ *In Dom. inf. Oct. Assump.*: col. 433.

¹¹² *In Nativ. B. M. V.*: col. 434-436.

¹¹³ *In Nativ. B. M. V., serm. II*: col. 441.

¹¹⁴ *Lib. I de S. Virg.* IV: ML 40, 398.

¹¹⁵ *In Luc. Evang.* I. 1: ML 92, 318.

¹¹⁶ *De B. M. Virgine*: ML 176, 857.

¹¹⁷ *In Annunt. B. M. V. II*: ML 183, 390; *In Assumpt.* IV: col. 428; *In Dom. infr. Oct. Assumpt.*: col. 434.

¹¹⁸ *Serm. paneg.*: ML 184, 1013.

de Dios. Esta belleza es la más importante y cierta. La corporal es una "*dulce opinión*" ¹¹⁹.

PEDRO CELENSE (m. 1183) dice que María es la verdadera Rebeca, "joven extraordinariamente hermosa" ¹²⁰. Y luego nos hace esta descripción de la belleza moral:

"Santa en los pensamientos, piadosa en los deseos, recta en el querer, pura en la intención, anhelosa de lo eterno; en los movimientos interiores, regida siempre por el bien; en los externos, alejada del mal; en la palabra, toda verdad; en las obras, justicia; en los labios, el pudor; en los besos, la pureza; en los oídos, la docilidad. Las manos, mirando al necesitado; los pies, ligeros para remediar a los miserables. Todas y cada una de las partes del cuerpo, gobernadas por la ley y el orden" ¹²¹.

"Estoy sinceramente convencido de que en tus ojos, en la boca de la Virgen brillaba con frecuencia la divinidad escondida y que los que se fijaban en ello podían ver como un vapor inefable de cielo" ¹²².

"María está muy por encima de todas las mujeres en la nobleza de la sangre, en la santidad, en el nombre, en la integridad de la vida. Por la contemplación, por el trato con los ángeles; por sus ideas sobre Dios y los hombres; por lo nuevo y singular de su parto, por su vida familiar con Jesús, por su Asunción a los cielos" ¹²³.

RIGARDO DE SAN LORENZO (m. 1245) es el autor del *Mariale* o Tratado, en XII libros, sobre las alabanzas de la B. V. María, falsamente atribuido a San Alberto M. y que figura en el tomo 36 de sus obras completas. El libro V lo consagra al estudio de la belleza de María y lo divide en dos capítulos. En el primero trata de la belleza espiritual, y en el segundo, de la belleza corporal. Es el primer autor que ha estudiado sistemáticamente este problema, y lo hace conforme a las maneras de su época, de un modo teórico y a *priori*.

La belleza espiritual consiste en el ornato de las virtudes, que María poseyó todas y en sumo grado. Se fija principalmente en la castidad de su cuerpo, en la pureza de su alma, en la rectitud de sus acciones exteriores y en la atención de su espíritu a lo divino.

La segunda razón con que prueba la belleza espiritual es la unión con el Hijo de Dios por la maternidad divina. Para declarar esta razón se vale de comparaciones como éstas: el

¹¹⁹ "Licet de beatissima Virgine *dulce sit opinari, quod fuerit etiam secundum corpus venustissima et formosissima*". *De Assumpt.*: ML 195, 253s.; Cf. M. GRABMANN, *Hist. de la Teolog. Cat.*, Madrid 1940, p. 455.

¹²⁰ *Serm. II in Assumpt.*: ML 202, 740; *Serm. III*: col. 742.

¹²¹ *Serm. IV*: col. 747.

¹²² *De B. V. Serm.*, 75: col. 871.

¹²³ *Serm. III de Assumpt.*: col. 853.

hierro metido en el fuego, cuando se saca de él, más que rojo, se puede decir que es fuego; el aire esclarecido por el sol se hace sol; la gota de agua, mezclada con un vino nuevo, se transforma en el color, sabor y olor del vino; el cristal blanco se reviste del esplendor y calor del sol; la lana, teñida con la sangre de la púrpura, toma su color y cualidad. Así, el alma de María, llena del Espíritu Santo y de aquella luz celestial que fué su Divino Hijo, no sólo se hizo luz, sino que fué enteramente deificada.

La belleza corporal la prueba con estas razones:

1.^a Es muy razonable que su cuerpo fuera el más hermoso de todas las mujeres, ya que de él tomó su carne el Hijo de Dios.

2.^a En el apócrifo de la Infancia del Salvador se dice que nadie podía mirar con fijeza su rostro.

3.^a Si el rostro de Moisés con el trato de Dios se revistió de tan grande esplendor que no se le podía mirar, ¿de cuánto mayor se revestiría el de la Madre del Verbo?

4.^a Las mujeres de que habla la Escritura como figura y representación suya son alabadas por su belleza corporal: Sara, Rebeca, Raquel...

5.^a La belleza interior del alma tenía que revelarse en los miembros exteriores del cuerpo, "que eran como ciertas lenguas o cuerdas que movía el Espíritu Santo". "El néctar de la sabiduría humana y divina se transfundía a su cuerpo." "El Espíritu Santo conservó sus miembros en una absoluta y total virginidad, exenta de cualquier corrupción."

Estas razones, en una forma o en otra, se repiten en autores posteriores, aun modernos.

SAN BUENAVENTURA (m. 1274) dice que Ester, por su belleza precisamente, fué figura de María¹²⁴, la más hermosa de todas las mujeres, con una belleza real y verdadera, no vana, que todos pueden alcanzar con la dignidad en las acciones, gestos y movimientos¹²⁵.

San Buenaventura nos ha conservado un testimonio antiguo de los judíos, que habla de la hermosura y candor de la Virgen: "Algunos judíos afirman que la Virgen fué muy hermosa, pero que ningún hombre la codició"¹²⁶.

SAN ALBERTO MAGNO (m. 1280), en su *Mariale* o Tratado sobre el Evangelio de la Anunciación, estudia, al estilo de Ricardo de San Lorenzo, la belleza corporal de María, que trata

¹²⁴ *In Luc. I. Opera*, VII, p. 22.

¹²⁵ *Serm. III de Nativ., Opera*, IX, p. 712/3.

¹²⁶ *In III Sent.*, Dist. III, p. 1; a. II, q. III; *Opera*, III, p. 77, Quaraesmi, 1887.

en seis cuestiones (XV-XX) y aduce hasta doce razones para probar que fué muy hermosa, con una estatura propia y una disposición de miembros proporcionada. En cuanto al color, se inclina al negro o moreno por once razones. Para el color negro de los cabellos trae tres razones, y seis para el rubio. Su sentencia final sobre el color es ésta: "La Virgen en el color del cutis fué mezcla de rubio y blanco; en cuanto a los cabellos y a los ojos, fué templadamente negra"¹²⁷.

NICÉFORO CALIXTO, historiador del siglo XIV, es tal vez el autor más citado en el siglo XVI y siguientes. El depende, a su vez, del monje Epifanio. Y por eso su retrato de la Virgen no tiene grande originalidad.

La Virgen "era en todas sus cosas digna y grave. Hablaba poco y sólo lo necesario; para oír era fácil y muy afable, dando a cada uno su honra y consideración.

La estatura fué mediana, aunque hay quienes dicen que pasó la medianía. Mantuvo siempre su libertad e independencia con las criaturas, sin risa, sin perturbación, sin ira sobre todo.

El color se asemejaba al del trigo; el cabello era rubio, los ojos vivos y las niñetas un poco coloradas, del color de la aceituna. Las cejas arqueadas y suavemente negras. La nariz algo larga; los labios hermosos y de mucha suavidad en el hablar.

El rostro era más largo que redondo; las manos y los dedos, largos. Todo el aspecto, grave y modesto, sin ningún género de fausto ni melindres, ni afectación, sino sencillez y humilde.

Los vestidos que llevaba no eran teñidos, sino de su color natural, como se puede ver todavía en el santo velo que usaba para la cabeza. Y para decirlo todo brevemente: en todas sus cosas se reflejaba la gracia divina"¹²⁸.

El cartujo LUDOLFO DE SAJONIA (m. 1377), en su *Vita Iesu Christi*, impresa desde el año 1470 innumerables veces y tra-

¹²⁷ *Opera*-Borghel, vol. 37, p. 47. Cf. M. GRABMANN, *Die Schönheit Marias nach dem Mariale des seligen Jacob von Voragine O. P., Erzbischofs von Genua* (m. 1298): *Divus Thomas* (Freiburg) 27 (1949) 87-102. En la primera parte, p. 87-91, tiene un resumen sobre la doctrina acerca de la belleza de la Virgen en los autores medievales. Habla, entre otros, de *Alberto Magno* (p. 88/9) y de *Santo Tomás*, quien defiende la belleza corporal de la Virgen en dos lugares. En el *Coment. al M. de las Sentencias*, II dist. 3, q. 3, a. 2, quaestiuone 2 ad 4, y también en el *Comentario a S. Mateo*, c. 1, circa finem. En la II parte del artículo estudia la vida y escritos de Jacobo de Voragine, n. 1228/9 y m. 2298. En la III parte traduce y publica dos sermones sobre la belleza de María, que se contienen en un manuscrito, 1.219 B. 2, de la Biblioteca Nacional de Florencia. El autor, como todos éstos de la Edad Media, desciende a muchos detalles, con un razonamiento teórico más que histórico y positivo.

¹²⁸ *Ecc. Hist.*, I, II, c. 23; MG 145, 815.

ducida a casi todas las lenguas, nos ha conservado también el retrato de la Virgen, que refleja a las claras su dependencia del Pseudo-Mateo.

“La ocupación continua de la Virgen era la contemplación, la oración, la lectura y el trabajo. Hacía oración continua por la salvación del género humano y leía muy frecuentemente las Escrituras que tratan de la venida del Mesías, y cuando encontraba en ellas algo sobre la Encarnación, se detenía repitiendo, besando y abrazando dulcemente la sagrada página.

En las vigiliias era la primera, en la sabiduría de Dios, la más adelantada; en la humildad, la más humilde; en los salmos de David, la más armoniosa; en la caridad, la más encendida; en la pureza, la más pura; en todo género de virtud, la más perfecta.

Fué muy constante y segura, yendo cada día de más en más en la práctica del bien. Nadie la vió nunca airada. Su conversación estaba tan llena de gracia, que bien se advertía que Dios estaba con ella.

Mostraba gran solicitud por sus compañeras para que ninguna faltase ni aun de palabra, para que no alzase la voz más de lo que convenía o se mostrase ofensiva o soberbia con sus iguales, cuidadosa de prevenir siempre cualquier defecto.

La bendición de Dios estaba siempre en sus labios, y para no perder la unión con El solía responder a los saludos: *Deo Gratias*. Y de ella proviene esta costumbre cristiana”¹²⁹.

DIONISIO EL CARTUJANO (m. 1471) distingue tres clases de belleza: la corporal, la espiritual y la moral. Y estas dos últimas las divide en natural y sobrenatural, según los principios de que proceden sus actos. Todas ellas se dieron en la Virgen.

La belleza corporal fué grande en ella, por su magnífica y sana complexión, y porque estuvo dotada de toda clase de dones naturales.

La belleza moral fué extraordinaria por sus extraordinarias costumbres en el hablar, en el andar, estar parada, estar sentada, en el mirar y comer. En todo modesta, agradable y ejemplar.

La belleza espiritual natural fué también notable, pues era muy ingeniosa, de magnífico carácter, de un talento grandísimo y de una voluntad muy poderosa para la práctica de todas las virtudes.

La belleza espiritual sobrenatural nadie la ha tenido como ella, por sus dones de gracia extraordinarios para todas las virtudes, por su brillante sabiduría, por la luz de su discreción.

¹²⁹ *Vita Iesu Christi*, París, 1878, vol. I, p. 20; Cf. GRABMANN O. C., p. 164.

La suma y eminencia de su interior perfección se puede decir que es inefable. Muy iluminada en la fe, muy firme en la esperanza, ardentísima en la caridad, sublime en la contemplación de la sabiduría, cumbre en toda virtud moral e intelectual¹³⁰.

En el comentario al Cantar de los Cantares, que aplica a la Virgen Santísima, se encuentran esparcidas diversas descripciones de su carácter interior y exterior.

Su interior sincero, sabio, tranquilo, virtuoso, se reflejaba en el rostro y la hacía sumamente agradable, hermosa y compuesta en todo¹³¹.

El corazón de la Virgen estaba tan lleno de un casto pudor, de una modestia tan prudente y nada infantil, de una delicadeza tan santa y no angustiosa o mundana, que se comunicaba a su rostro sonrosado y hermoseaba bellamente las mejillas de su carne.

Más que procaz, audaz o habladora, era callada, delicada y pudorosa esta gran Virgen, y, como una tórtola, atenta siempre en el secreto de su alma a Dios sólo¹³².

Los ojos de la Virgen nos dice que eran, como de paloma, pudorosos, muy bien guardados; jamás se abrieron a nada desordenado, jamás se fijaron en nadie con menos modestia o decoro¹³³.

Como su cuerpo purísimo fué dócil y apto instrumento del alma, hizo en cada hora incalculables progresos¹³⁴.

La belleza de la Virgen será en el cielo uno de los motivos de nuestra felicidad. "Como en el cielo, después de su Hijo, es esta Virgen dignísima la que brilla con mayor gracia, su contemplación será para todos los bienaventurados motivo de suma felicidad. Suave y hermosa como la celestial Jerusalén, por la pureza angélica que practicó durante su vida en la tierra. Es más, los fulgores de su santidad fueron tales, que hoy le merecen estar por encima de todos los coros angélicos. Por esto, la hermosura que tuvo en la tierra se debe comparar más bien con la hermosura de la Jerusalén celestial y no con la de la Jerusalén terrera. Fué una hermosura toda luz, sin mezcla de la menor sombra o culpa"¹³⁵.

Toda esta hermosura interior de María, su gracia, su santidad y su castidad se reflejaban admirable y potentemente en

¹³⁰ *In Solemnitate Assumptionis*, Sermo I, *Opera Omnia*, Tornacl. 1906, vol. XXXII, p. 314.

¹³¹ *In Cant.*, c. IV, a. 14, vol. VII, p. 380.

¹³² *In I Cant.*, a. V, vol. VII, p. 326.

¹³³ *In IV Cant.*, a. XIV, vol. VII, p. 380.

¹³⁴ *In III Cant.*, a. XI, vol. VII, p. 361.

¹³⁵ *In VI Cant.*, a. XX, vol. VII, p. 414.

el rostro y aun en todo el cuerpo; en sus gestos y en sus movimientos. Cualquiera que la observase podía caer en la cuenta de su inocencia¹³⁶.

El Cartujano, como se ha podido apreciar, resume concisa y cálidamente el retrato que habían ido trazando los anteriores escritores. Insiste, es verdad, en la belleza interior del alma, pero está plenamente convencido de que ésta no quedaba escondida, sino que se comunicaba con fuerza al exterior del cuerpo. Las tres clases de belleza corporal, moral y espiritual, ésta subdividida en natural y sobrenatural, son muy oportunas y esclarecen grandemente el problema del retrato de María. Después de él no creemos que se pueda añadir nada nuevo y cierto en esta materia.

Verremos esta larga serie de escritores marianos con el retrato que hace el húngaro PELBART LADISLAO DE TEMESVAR (m. 1504), lector de Sagrada Escritura y célebre predicador del siglo XV. En su *Stellarium*, impreso por vez primera en Bâle hacia el año 1490, trata ampliamente de la admirable belleza y hermosura de la Virgen, siguiendo a Ricardo de San Lorenzo y a San Alberto Magno¹³⁷.

El P. Fr. José de JESÚS MARÍA nos transcribe en castellano clásico la descripción de *Pelbarto*, como él traduce;

“Era la Virgen de rostro hermoso, de forma graciosa y de estatura perfecta; su carne era color de leche, con mezcla de rosado, y de agradable presencia; su cabeza era algo larga; la frente, no muy ancha, sino llana y cuadrada y de moderada grandeza, decente, humilde y modesta; sus ojos eran hermosos y lucidos y deleitables de mirar; la vista benigna, humilde y mesurada; las niñas de los ojos, graciosas y luminosas; las cejas, negras y no muy espesas, sino muy decentes; la nariz derecha y mediana y bajaba igualmente por el rostro; sus sagradas mejillas no eran muy carnosas, ni muy flacas, sino de proporción decente y hermosísima, blancas y rubicundas, como rosas entre leche. Su sagrada boca era muy graciosa y llena de suavidad; sus labios, rojos y algo gruesos, y el labio inferior era un poco más lleno que el de arriba, con gran decencia; los dientes eran muy blancos, derechos e iguales; la barbilla, no puntiaguda, sino de medida espaciosa y decentísima y en medio tenía una como canal que la dividía y le aumentaba la gracia; las manos, blancas y no flacas ni muy carnosas; los dedos, tornátiles, largos y derechos, y toda la estatura y disposición del cuerpo maravillosamente formado por la Sabiduría Divina.

¹³⁶ *In I Mt.*, a. 3, vol. XI, p. 47.

¹³⁷ *Stellarium*, l. V, pars. III, a. 2 de admirabili ptehritudine et decore B. Mariae ex parte corporis tam in quantitate, quam in colore et membrorum elegantia. Romae 1586, p. 104-106.

Sus vestidos eran de color nativo; el paso, llano y compuesto, caminando con modestia, y la cabeza decentemente inclinada, como Virgen, en quien la pureza y humildad resplandecían.

Su voz, modestísima y sonora y dulce y tan graciosa que se echaba bien de ver que se había derramado gracia en los labios, como lo había profetizado de ella el Salmista.

Amaba siempre el silencio y hablaba raras veces, y entonces con gran sabiduría. Nunca le vieron airada, ni reirse ni decir palabra ociosa, y habíase de tal manera en su virtuosa moderación, que a nadie era pesada y a todos agradable. Era de gran ingenio y así aprendió en breve tiempo las ocupaciones loables, comunes a las mujeres, y dióse a la lección de Escritura de manera que aun en la edad juvenil supo perfectamente todo el Testamento Viejo. En el templo era la más devota y la más humilde de todas las vírgenes, juzgándose por menor que todas y dando cuidadosamente a cada una el honor que se le debía y en todo género de virtudes se mostraba perfectísima, descubriendo desde su niñez altísimas costumbres, por lo cual todas la veneraban con singular afecto y sus alabanzas se extendían por todas partes donde era conocida" 138.

Pelbart ha recogido los rasgos principales que pone Epifanio, a quien cita expresamente, completados con otros pormenores que pudo leer en otros autores o historias griegas, como dice Fr. José de Jesús María. También pudo tomarlos de pinturas antiguas, que él tuvo a la vista.

Los autores siguientes siguen dándonos, más o menos, el mismo retrato, refiriéndose de ordinario a Epifanio, Cedreño y Nicéforo. CRISTÓBAL DE CASTRO, S. I., publicó el 1610, en Maguncia, una *Vida de la Virgen*, y en el capítulo XXII reúne los datos tradicionales, citando también el *Mariale*, falsamente atribuido a San Anselmo 139.

En el siglo XVIII JUAN TROMBELLI dedica hasta siete capítulos al retrato exterior de la Virgen, pero sin añadir cosa especial a lo que hemos encontrado 140.

138 Fr. JOSÉ DE JESÚS MARÍA, *Historia de la Vida y Excelencias de la Sacratísima Virgen María*, 4 t., Lérida 1885. T. 1, p. 359-360. Esta obra se publicó por primera vez el 1655, después de muerto su autor.

139 *Historiae Deiparae Virginis Mariae*, Moguntiae-Lipsiae, 1610, c. 22. Reproducida por BOURASSÉ en su *Summa Aurea B. M. V.*, vol. II, p. 688s. El *Mariale* atribuido a S. Anselmo circulaba ya, pero sin título y sin autor, en el siglo XII. Luego se le dió autor atribuyéndolo a S. Bernardo, y en el siglo XIV un copista le dió el título de *Mariale*. Los críticos suelen rechazar la autenticidad anselmiana del libro. Cf. P. RICHARD, *Dictionnaire d'Histoire*, III, col. 483.

140 Cf. BOURASSÉ, *Summa Aurea*, t. II, col. 915-940.

En el siglo XIX el abate JAMAR¹⁴¹, a quien copia Z. C. JOURDAIN¹⁴², vuelve a reproducir el mismo retrato.

El P. RIBADENEIRA en la primera parte de su *Flos Sanctorum*, que publicó el 1599, nos da el retrato del Monje Epifanio, traducido casi a la letra. Por su clasicismo merece que lo transcribamos, aunque no tiene ninguna originalidad.

"La estatura de la Virgen fué mediana, aunque algunos dicen que fué algo más que mediana. El color era trigueño; el cabello, rubio y de color de oro; los ojos, vivos, y las niñas de ellos un poco coloradas; las cejas arqueadas, negras y graciosas; la nariz, un poco larga; los labios, hermosos y de mucha suavidad en el hablar; el rostro, más largo que redondo; las manos y dedos, largos; su aspecto, grave y modesto, sin ningún género de fausto ni melindres, ni afectación, sino sencillo y humilde. Los vestidos que traía no eran teñidos, sino de un color nativo. Era muy mansa muy compuesta y recatada; no iracunda ni risueña, ni libre en el hablar"¹⁴³.

LOPE DE VEGA ha encerrado en un precioso soneto todos estos datos de la vieja tradición:

"Poco más que mediana de estatura;
como el trigo el color; rubios cabellos;
vivos los ojos, y las niñas de ellos
de verde y rojo, con igual dulzura"¹⁴⁴.
Las cejas de color negra y oscura;
aguileña nariz; los labios bellos,
tan hermosos, que hablaba el cielo en ellos
por celosías de su boca pura.
La mano larga para siempre dalia,
saliendo a los peligros al encuentro
de quien para vivir fuese a buscalla.
Esta es María, sin llegar al centro:
que el alma sólo puede retratalla
Pintor que tuvo nueve meses dentro"¹⁴⁵.

¹⁴¹ *Marie, Mère de Jésus, Histoire de la très Vierge après la S. Ecri-ture, les monuments de l'antiquité, les écrits de Pères et des Theologiens*, Bruxelles, 1872.

¹⁴² *Somme des Grandeurs de Marie*, t. 2, Paris 1900, p. 162.

¹⁴³ *Vida y Misterios de la Gloriosa Virgen María N. Señora*, Madrid 1879, p. 30.

¹⁴⁴ Fué moda muy antigua alabar como especialmente bellos los ojos verdes. Homero llama a Minerva: "La de los verdes ojos", y entre nosotros dice el refrán: "Ojos verdes, Duques y Reyes". Esta moda pasó, y en su lugar fueron alabados los ojos garzos, los azules y los negros. Cf. RODRÍGUEZ MARTÍN, *El Quijote*: "Lecturas", t. V, p. 201.

¹⁴⁵ *Cancionero Divino*, Madrid 1947, p. 163.

CONCLUSION

Los autores modernos como MESCHLER¹⁴⁶, WILLIAM¹⁴⁷ y GABRIEL ROSCHINI¹⁴⁸ suelen más bien prescindir del retrato corporal de la Virgen o mostrarse un tanto reservados sobre el valor histórico y real de los datos concretos que nos han transmitido los antiguos. ¿Es justa esta posición?

Desde luego creemos que se debe distinguir con el Cartujano el retrato puramente corporal, el espiritual y el moral.

En cuanto al espiritual y moral, ya se considere en el plano de lo natural o de lo estrictamente sobrenatural, no existe divergencia alguna en la tradición, antes una perfecta unanimidad y constancia desde el siglo II cristiano hasta nosotros. La imagen de la Madre de Dios bajo este ángulo espiritual y moral es lo más perfecta que cabe en criatura humana. Y los escritores cristianos no pueden disentir, pues los rasgos fundamentales se encuentran en los mismos Evangelios canónicos. Allí se ve el corazón iluminado de María, su firmeza y robustez de voluntad, su inmersión en el mundo de la fe y de lo divino, su abstracción de lo puramente humano y sensitivo, de lo temporal y caduco; su humildad, su caridad, su diligencia y actividad previsoras, su pureza, su maternidad virginal, su misión altísima. La ponderación de sus palabras, su espíritu de reflexión, su denuedo y valentía, su fuerza de atracción como imán de los corazones.

Este retrato puramente espiritual y moral no es el que nosotros hemos buscado en nuestro trabajo. Queríamos ver las líneas, las luces y colores de su carne. Y en este sentido hemos encontrado en la tradición dos puntos de vista diferentes y de orden diverso: uno puramente físico, material y concreto; otro, espiritual y moral hecho carne y sentido, cuerpo, luz, línea y colorido.

Al orden puramente físico pertenece la estatura, la forma de la cara, de las manos y de los dedos, el color del rostro y los cabellos. Este retrato puramente físico y exterior es uniforme y como vaciado en el mismo troquel, pero relativamente reciente. El primero que nos habla de la estatura mediana de la Virgen es SAN ANDRÉS DE CRUETA, en el siglo VIII. A fines del mismo siglo, EPIFANIO monje concreta todavía más y nos habla del color trigueño del rostro, de los cabellos y de los ojos rubios, de las cejas negras, de la nariz justa, de las manos, de los dedos y de la cara alargada. CEDREÑO, en el si-

146 *La Virgen N. Señora*, Friburgo 1925.

147 *Vida de María, la Madre de Jesús*, Barcelona 1950.

148 *La Vita di Maria*, Roma 1948.

glo XI, vuelve a reproducir el mismo tipo de figura corporal, y luego, en el siglo XIV, NICÉFORO CALIXTO y LUDOLFO DE SAONIA. Por fin, en el siglo XV tenemos a PELBART, y después a casi todos los autores que tratan el problema.

La imagen es bella ciertamente y tiene en su favor la uniformidad y constancia del tipo desde el siglo VIII. Aunque no se encuentre en los escritos anteriores, creemos que debe apoyarse en algún fundamento real y objetivo. Es posible que Epifanio y San Andrés de Creta tuvieran escritos que para nosotros se han perdido. Es posible, con todo, que influyera en sus descripciones la pintura antigua, conocida hoy con el nombre de Virgen de San Lucas, y entre las que se cuenta la "*Salus Populi Romani*", que se venera en Santa María la Mayor, de Roma.

Estas pinturas de San Lucas son ciertamente muy antiguas y anteriores a los retratos literarios que han llegado a nosotros. En el siglo VI nos habla de una de ellas Teodoro, Lector de Constantinopla, cuando dice que Eudósia, muerta en Jerusalén el año 460, envió una imagen de San Lucas a Pulqueria (390-453)¹⁴⁹. El segundo testimonio en su favor es del siglo X¹⁵⁰ y el tercero del siglo XIV¹⁵¹.

Si estas imágenes de San Lucas fueran realmente del Evangelista, tendríamos una sólida base para el retrato literario. Desgraciadamente, los críticos modernos se muestran unánimemente desconfiados y creen que San Lucas no fué pintor y que sus vírgenes llevan el sello de la iconografía bizantina del siglo V, debiéndose atribuir más bien a un pintor desconocido de este tiempo, que idealizó y aclimató el rostro y el tipo supuesto de la Madre de Dios, como lo idealizaron y romanizaron los pintores modestos de las Catacumbas romanas, que nos han dado las pinturas más antiguas que poseemos de la Virgen¹⁵².

Si el retrato físico y concreto que nos da la tradición antigua no ofrece plena garantía, el otro, *físico-espiritual*, es se-

¹⁴⁹ MIG 86, 165.

¹⁵⁰ SIMÓN METAFRASTE: MG 115, 1135.

¹⁵¹ NICÉFORO CALIXTO, *Hist. Eccl.* 2, 43; 6, 16; MG 145, 876, 1161.

¹⁵² Cf. METZINGER-GUY, *Introductio Specialis in N. T.*, Romae, 1943, p. 100, n. 128.—E. VON DODSCHEITZ, *Christusbilder: Texte u. Untersuch.* 18 (1909) 267-280.—E. JALONGHI, *Le Madonne di S. Luca in S. Maria Maggiore*, 45, 1 (1917) 28-35; 143-159.—D. KLEIN, *S. Lukas als Maler der Maria*, Berlin, 1933.—P. CELLINI, *La Madonna di S. Luca in S. Maria Maggiore*, Roma, 1943.—J. M. LAGRANGE, *St. Luc*, Paris, 1927, p. XVIII.—J. RENÉ, *Manuel*, IV, n. 54.—MARTIGNY, *Dictionn. des Antiquités chrét. Vierge*, VI, p. 660-661.—LECLERQ, *DACL. Luc*, vol. IX, 20, col. 2614.—GUIDO ANICHINI, *Maria Mater Dei nelle Catacombe et nella Basilica Liberiana*, Roma, 1931.

guro. La tradición más remota ha sostenido con plena unanimidad y constancia que la belleza espiritual y moral de la Virgen transformó el alabastro de su carne, dándole un esplendor y luz de cielo, que no se ha dado en ningún otro cuerpo, después del de Jesús. Los Padres más antiguos ponderan la limpieza de su carne virginal, la dignidad, los encantos celestiales que le comunicaba. La plenitud de la gracia divina, la estrecha unión con el Espíritu Santo y con el Verbo Divino tuvo sus efectos externos intuibiles en el cuerpo mismo, en sus sentidos, en todas sus partes y movimientos. Por esto todos ponderan su paz y serenidad, su ponderación, su equilibrio, su dulzura y delicadeza, su unción y espiritualidad, su pudor y modestia, la viveza de sus ojos, la firmeza de su porte.

El retrato físico-espiritual de María se puede resumir en aquella frase inspirada de San Ambrosio: "*figura bonitatis*", la imagen misma de la virtud y de la bondad. "*Imago virginitatis*", el retrato encarnado de la virginidad. No cabe decir más, pero esto basta. San Ambrosio ha resumido con estas expresiones el retrato corporal que nos da la tradición constante de la Iglesia. Y nótese que San Ambrosio y la tradición salen del orden puramente espiritual y se fijan en el cuerpo de María: "*Ipsa corporis species simulacrum fuit mentis*", el cuerpo visible fué como la estatua del alma invisible.

Por todo esto se deduce que para conocer la imagen exterior de la Virgen, para esculpir o dibujar su rostro y su cuerpo, hay que conocer primero su alma, cuyos esplendores se reflejaban poderosamente en la carne. Y como lo más profundo, divino y humano de su alma era la virginidad, que la consagraba totalmente a Dios y la levantaba por encima de todo lo que es sentido y barro para situarla en el plano de lo celestial y eterno, el artista que no sienta la belleza de la virginidad cristiana, cuya cabeza de fila es María, que renuncie a su retrato. No basta saber dibujo, colorido y anatomía de formas, no basta haber cursado en Escuelas y visitado Museos; esto sólo es superficie. Para pintar o esculpir el rostro de la "Madre-Virgen" hay que bajar al fondo del espíritu, allí donde se da el agua más limpia y tranquila; hay que tener fe, hay que meditar, hay que amar, hay que seguir la ruta que trazaron nuestros grandes artistas clásicos, los que pintaron o esculpieron el alma de la Inmaculada, de la Reina Asunta a los cielos.

JUAN LEAL, S. I.

Facultad Teológica de Granada.